

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 178.

Alicante 25 de Abril de 1874.

Año V.

CONSIDERACIONES

sobre la decadencia de los países católicos y sobre la prosperidad de las naciones protestantes.

X Y ÚLTIMO.

Las doctrinas católicas han ejercido en todos tiempos una influencia saludable en pró de la humanidad, por otra parte dividida y destrozada á impulsos de la rapacidad de unos, de las pasiones innobles de otros, y de la ambicion y malas artes de muchos. Consúltese con frialdad la historia de las miserias humanas, y ella nos dará una satisfaccion triste pero completa de esta verdad. Solo la Religion católica ha sabido y podido sobreponerse á estas miserias del hombre, y por sobre todas ellas y á pesar de ellas caminar al logro de su objeto, á saber, el de dar al hombre la mayor suma de bienestar posible, supuesta la enfermedad de su espíritu y la decadencia de su condicion moral, cuya fuente original no hay nadie que desconozca entre nosotros.

Gracias á los principios cristia-

nos, gracias á la Iglesia, la Europa, mucho antes del fin de la edad media, se habia declarado libre civil y politicamente, y siguió siéndolo hasta el siglo xvii. Bajo los diferentes nombres de Concilios nacionales, de Parlamentos, de Consejos de Estado, de Estados generales y de otros, no existía nacion alguna cristiana que no tuviese su representacion y sus franquicias municipales. Pero con el protestantismo los principios paganos invadieron de nuevo la filosofía, la legislacion y el derecho público europeo. En los numerosos sínodos celebrados en Francia antes de Luis XIV por los discípulos de Lutero, se declaró que la corona real era inamisible, y se negaron á los pueblos las franquicias y derechos que tenian consignados en los antiguos códigos cristianos. Así se vió resucitar la odiosa doctrina de los tiempos de la tiránica dominacion pagana, doctrina que los partidarios de la reforma protestante profesaron igualmente en Inglaterra, en Irlanda, en Suecia, en Prusia y en Rusia.

Entonces se vió por todas partes desconocida y alterada la nocion católica del poder. Los príncipes se

atribuyeron sobre los súbditos la plenitud de la autoridad mas ó menos racional y sábiamente ejercida; en vez de reinar con la prudencia y la sabiduría, quisieron dominar; y desde entonces, en lugar de reyes, los pueblos tuvieron déspotas, dictadores y tiranos. Por esto el P. Ventura de Ráulica ha dicho con mucha razon, que entre nosotros los católicos la libertad es antigua mientras es moderno el absolutismo.

En efecto, desde hace mas de un siglo casi todos los gobiernos han sido opresores. Han impuesto á sus subordinados leyes indignas é innobles. Sus constituciones han sido una mentira, sus asambleas una pura comedia. Por su parte los pueblos se han dejado dominar, y han seguido servilmente los consejos de los que han querido perderles: no han tenido confianza mas que en maestros impíos, y se han vendido estúpidamente á una caterva de atrevidos farsantes. La libertad tan decantada, tan manoseada y tan maltrada ha existido de palabra, es verdad; pero de hecho no ha habido realmente mas que servidumbre; servidumbre en los individuos, servidumbre en las naciones. ¿Y por qué? Porque las ideas protestantes, generadoras del principio tiránico de dominacion, se han infiltrado en todos los pliegues de la sociedad, ahogando con su despótica pesadumbre la única libertad posible para el bienestar del hombre, la verdadera libertad cris-

tiana, aquella que solo se encuentra donde está el espíritu de Dios, segun el Apostol.

Es una preocupacion, muy extendida desgraciadamente entre nuestros contemporáneos, la de creer que el Catolicismo en donde quiera que se ha establecido y conservado es intolerante, y que el protestantismo ha sido el primero que ha inaugurado en el seno de las sociedades humanas el reinado de la tolerancia y de la libertad. No hay acusacion que mas frecuentemente se nos haya dirigido, pero tampoco ninguna ha sido mas contradicha por la historia y por cuanto tenemos al presente á nuestra vista.

¿Ha sido la Iglesia, en efecto, intolerante en el trascurso de los tres primeros siglos de la era cristiana? Fué ella la perseguidora en el tiempo de los emperadores de Oriente? Hasta el imperio de Carlomagno no tuvo continuamente que sufrir las torturas, los incendios, las prisiones, los destierros, los asesinatos? Fueron los católicos, ó sus enemigos, los que en la época de la heregía de las donatistas devastaron el Africa con toda suerte de latrocinios, de atrocidades y de crímenes? Habrá derecho para denigrarnos porque, despues de haber sufrido cien veces el martirio, fatigados de una opresion diez veces secular, aceptamos en la edad media el beneficio de una proteccion temporal?

Y en el siglo xvi, ¿quién pisoteó nuestras imágenes, profanó nuestros templos, arrojó al viento las reliquias de nuestros santos, levantó cadalsos por doquiera y derramó torrentes de sangre? La instalación de la pretendida reforma no ha probado hasta la evidencia, que el carácter propio, la pasión dominante del protestantismo—yase llame luteranismo, calvinismo, anglicanismo, anabaptismo, lo cual importa poco—es precisamente la intolerancia de que nos acusa? Desde que ha podido implantarse en alguna parte, ¿no se le ha visto al punto tomar los aires más audaces de dominación, y sostener esta dominación exclusiva por medio de los procedimientos más violentos?

Los ejemplos se han multiplicado en la historia. Basta recordar á la Inglaterra poniendo á precio la cabeza de un sacerdote como la de un lobo, é inventando contra los católicos los más crueles suplicios; al parlamento de Carlos II gritando traición, cuando el rey quiso dulcificar de algún modo las leyes que pesaban sobre los católicos, y estableciendo aquel infame bill contra los mismos, que no sucumbió sino hasta hace treinta años ante las protestas indignadas del mundo y las reclamaciones incesantes del inmortal O'Connell.

Y en nuestros días, ¿quién es el que persigue en Europa? Quién encarcela, quién destierra, quién oprime las conciencias? Quién forja las cadenas y hace la guerra á la

libertad? Son acaso los católicos los que proscriben, los que impiden la predicación, los que arrastran al pretorio á sus adversarios? Ah! todo el mundo lo sabe y lo llora! No hay más que fijar la vista en Prusia y en Suiza. En estos países, por no hablar de otros también, ¿no vemos á los protestantes, imitando el ejemplo de sus padres, oprimir á la Iglesia con mil vejaciones, armarse de fuerza brutal contra ella, y violar, siempre que se trata de sus derechos, las leyes más elementales de la justicia? El mismo furor apasionado que en el siglo xvi, el mismo espíritu de dominación, el mismo delirio, la misma rabia desencadenada.

No por esto debemos admirarnos. El error naturalmente se encoleriza contra la verdad, y careciendo de razón, la suple para combatirla invocando la autoridad de la espada. Insensato! en vano ataca una Religión contra la cual no se ha dado al hombre la facultad de prevalecer. La Iglesia triunfará de las violencias de sus nuevos enemigos, como triunfó del furor y persecución de los Césares. Estos se conjuraron para su ruina, pero la Iglesia, presentando su pecho á la espada y sus manos desarmadas á las cadenas, ha vencido á los Césares, se ha sentado sobre el trono de ellos, y desde entonces ha visto flotar á lo lejos su esplendoroso estandarte, como un lábaro de paz y de misericordia, sobre las ruinas del paganismo destruido.

Los modernos perseguidores de la Iglesia no lograrán aniquilarla, como no lo consiguieron los antiguos: ella les resistirá, ella los dominará, ella les sobrevivirá; y todo esto sin necesidad de oponer á sus golpes y á su astucia otra defensa mas que sus mártires y su Dios. Sus enemigos no la impedirán que estienda por el mundo sus beneficios, y que continúe llenando en el seno de la humanidad la mision que ha recibido de Jesucristo, á saber, de civilizarla por medio de la conquista de las inteligencias para la verdad y de los corazones para la virtud.

Mientras tanto es necesario confesar, que el desorden que reina hoy dia en las ideas no puede curarse en poco tiempo: los estragos que la irreligion ha causado en casi todas las almas, no pueden ser reparados sin largos y laboriosos esfuerzos. Además, ¿el mundo moderno volverá á encontrar el apoyo que le falta? Volverá á entrar en la senda de donde ha salido? Se colocará de nuevo bajo el amparo de la égida tutelar de la Iglesia católica, y se asirá á su mano dulce y fuerte que siempre le tiene alargada? Ah! Solo Dios conoce el porvenir. Solo él sabe los grandes acontecimientos que parecen prepararse; solo él vé claramente lo que saldrá del caos en que estamos sumidos, lo que resultará de nuestras agitaciones, de nuestras inquietudes y de nuestros trastornos. En cuanto

á nosotros, nada podemos predecir, y un velo impenetrable roba á nuestra vista los secretos designios de la Divina Providencia.

Solo una cosa puede desde luego asegurarse con toda certeza, á saber; que si las sociedades, hoy agitadas por tantas tempestades y fluctuando inciertas entre la verdad y el error, han de encontrar un dia la calma, el orden, la union y la luz, ciertamente no será el protestantismo el que restablezca esta paz y produzca esta felicidad. Su principio disolvente de la libertad individual en materias religiosas, no hará mas que perpetuar la guerra entre las inteligencias y aumentar el desorden, las pasiones, los odios, las divisiones y los trastornos.

El Catolicismo, de otra parte, se presenta á nuestra vista como el solo poder, la sola luz capaz de disipar las tinieblas, y de poner freno á la anarquía que sufren al presente los individuos y los pueblos. Solo él se ha conservado y se conserva puro, solo él ha permanecido inmutable en medio del inmenso cataclismo de todas las demas doctrinas. Mientras que el protestantismo, despues de haber rodado de abismo en abismo y de haber recorrido en su caída todos los grados del error, se ha despeñado y hundido en la sima tenebrosa del escepticismo, la Iglesia católica, semejante á una pirámide inmóvil é inquebrantable, ha permanecido constante é invariablemente fiel al mismo símbolo.

En medio de las confusiones de

nuestro siglo, la Iglesia se nos presenta tal como aparecía en el concilio de Trento, tal como aparecía en la edad media, tal como se presentó en su nacimiento. Ella ha pasado incólume por las guerras que le han declarado una despues de otra la heregía y la incredulidad: ella ha despreciado á los diplomáticos y á los jurisconsultos; ella ha sobrevivido á los déspotas y á los demagogos; y su doctrina celestial, fortalecida con los golpes que ha recibido, subsiste inalterable y se ha perpetuado de siglo en siglo, á través de las variaciones de las sectas y de las ruinas de los gobiernos humanos. Todo lo que parecia que debia abatirla, solo ha servido para fortificarla y para hacer resplandecer mas y mas su indestructible vitalidad, su firmeza invencible, su inmortalidad siempre fecunda, su milagrosa juventud y lo que Bossuet llama *su eterna novedad*.

Y hé aquí lo que nos consuela y lo que nos llena de esperanza: hé aquí lo que nos impide desesperar de la salvacion de Europa, y lo que nos hace creer en un próximo triunfo de la Religion del CRUCIFICADO. En estos momentos parece que está á punto de desaparecer de sobre la haz de la tierra. En ninguna parte se vé la menor señal de salud. El Catolicismo, por donde quiera olvidado ó perseguido, parece á los *sabios del mundo* que no es mas que un cadáver sin fuerza y sin vida. Millares de enemigos se han coligado con sus príncipes á la cabeza, cum-

pliéndose la profecía de David, *principes convenerunt in unum adversus Dominum et adversus Christum ejus* (Sal. 2.), y hacen cada dia inauditos esfuerzos por aniquilarle.

Mas este torbellino de polvo, que amenaza envolver el astro de la Iglesia, pasará; la Iglesia entonces volverá á aparecer con mayor brillo y mas radiante; los pueblos la verán, y ella derramará sobre ellos la claridad y la vida. Sobre el suelo de Europa trabajado por la revolucion se la verá levantar por todas partes su cabeza rejuvenecida, y cernerse, como en otros tiempos, sobre los destinos del mundo. La tierra entonces será purificada, y bajo la influencia de las verdades y de las instituciones católicas todo renacerá, todo se engrandecerá, todo reverdecerá y volverá á florecer de nuevo. Estas son nuestras mas dulces esperanzas y nuestros mas caros deseos.



COMULGAR GENERAL.

El domingo último salió de nuestra Iglesia Colegiata la procesion del Santísimo Sacramento para comulgar los impedidos, con numeroso y distinguido acompañamiento, y con tal pompa y majestad como hace tiempo no habíamos tenido el gusto de ver. Formaban parte del acompañamiento gran número de jefes y oficiales de los cuerpos militares de la guarnicion, muchas personas de todas

clases y de algunas asociaciones religiosas, completando la comitiva una respetable comisión del Excmo. Ayuntamiento con sus maceros y guardias municipales, la música de la Beneficencia, un piquete de la Guardia civil y tres coches de respeto. A los lados del pábulo, y entre los Guardias civiles que formaban la escolta de él, iban alumbrando seis individuos con sus medallas, distintivo particular de la Congregación de la Guardia y oración del Smo. Sacramento, á que pertenecian; cumpliendo con una de las mas importantes prescripciones de los Estatutos de la misma.

Llegada la procesion á la carcel, salieron á recibir un Teniente Alcalde con dos Concejales, que se incorporaron á la comisión del Ayuntamiento. En dicho local, que se hallaba adornado con gusto y decente y decorosamente todo dispuesto para tan solemne acto, se administró la Sagrada Comunión á mas de sesenta presos, durante la cual un cuarteto de la Capilla de música cantó, con acompañamiento de armonium, delicados y tiernos motetes alusivos al religioso acto del cumplimiento pascual. Terminado que fué, se sirvió á los presos un modesto, pero abundante desayuno, debido á la munificencia de algunos individuos de la Municipalidad y de otros particulares que contribuyeron voluntariamente á este objeto.

El importante y respetable acto, que acabamos de bosquejar ligeramente, nos llena de dulce y santa satisfacion, porque nos revela á luces claras que el sentimiento católico no se ha extinguido en nuestro pueblo, vive aun, si bien no siempre tiene oportunidad, ó bastante

libertad, ó el debido aliciente para manifestarse. Pero cuando estas condiciones concurren para dicha de la sociedad, aquel sentimiento se ostenta lozano y brioso como en los dias mas faustos y prósperos de nuestra Religión. El pueblo solo necesita quien le señale el camino y quien levante la enseña de sus creencias religiosas, que le conduzca á su perfeccionamiento religioso y moral y al término dichoso de su carrera sobre este suelo; y cuando las autoridades populares levantan esa enseña y abren paso á sus representados, estos, como hemos tenido ocasion de verlo entre nosotros, secundan aquella iniciativa y siguen tan distinguidas huellas, que son las huellas religiosas que nos dejaron trazadas nuestros padres en la vida social de nuestra patria.

Loor y prez sean dados á las autoridades, corporaciones y particulares que han concurrido al piadoso y elevado acto de que nos ocupamos! y plegue al Cielo que podamos repetir sucesivamente multiplicados estos loores en bien de la Religión católica y de nuestro caro país!

Á ESPAÑA.

*Pueblo que llenó la historia,
Está mejor en la tumba
Que en el lodo.*

Vicente Barrantes.

¡Ay de ti! Tú la llenaste
Con el brillo de tus hechos
Y tus leyes,
Y ora en el lodo dejaste

La Cruz que brilló en los pechos
De tus reyes.

Tu pendon vi un tiempo honrado;
Vi que tu fé en la victoria
Nadie ataja,
Y ora el pendon enlodado
Solo sirve ya á tu gloria
De mortaja.

La voz de mi fé secreta
Te soñaba mas gloriosa,
Sin pecado,
Y ora te mira el poeta
Viuda y triste, aunque orgullosa
Del pasado.

Tu lo sabes, porque un dia
En sangrienta lid venciste
Sin desmayo;
Porque te alzaste en Pavia;
Porque aun en tí la fé existe
De Pelayo.

Ahora triste y solitaria,
Sin tus hijos que te quieren
Noble y pura;
Loca, torpe y mercenaria,
Sin llorar aunque zahieren
Tu hermosura;

Como huérfana suspiras,
Y los ojos en los cielos
Tu fé clava,
Pero en torno solo miras
Las cadenas y los duelos
De la esclava.

Nadie un cántico te entona,
Y hundida estás en la nada
Del olvido;
Enlodaste tu corona,

Y cual reina destronada
Te has hundido.

Derribaste los altares,
Y en un trono de ruinas
Te levantas,
Y vertiendo sangre á mares,
Triste huellas solo espinas
Con tus plantas.

Pátria mia, pátria mia!
Tu llenaste con tu gloria
Todo el mundo;
Y el recuerdo de Pavia
Es escarnio hoy en tu historia
Sin segundo.

No eres tú la de Cervantes
Pátria altiva y religiosa,
Sin falsía;
No eres pueblo de gigantes;
No eres noble y orgullosa
Como un dia.

No eres tu la que venciste
Tras siete siglos de guerra
Contra el moro;
No eres tu la que vendiste
Para ensanchar mas la tierra
Joyas de oro.

Entonces ni el ciego encono,
Ni el temor ni la vileza
Te humillaban;
Y al pié estaban de tu trono
La fortuna y la grandeza
Que te amaban.

Hoy sin lauros y sin flores
Yaces moribunda y sola,
Sin encanto;
Mudos son tus trovadores,

Y no hay en tierra española
Sino llanto.

¿Dónde están los herederos
De tu gloria y tu grandeza?

¿Dónde yacen?

¿Por qué duermen sus aceros,
Y tus grillos de vileza
No deshacen?

¿Olvidas que de fé llena
Y al son de pátrios cantares
Combatiste,
Hasta hundir en Santa Elena
Al César que en tus hogares
Abatiste?

¿No te afrenta en tus desmayos
La sombra de aquellos manes
Sin segundo,
Que se llamaron Pelayos,
Y sembraron de Guzmanes
Todo el mundo?

¿No eres del Cid heredera?
¿No eres pueblo de gigantes
Con decoro?
¿No eres la que diste á Herrera,
Y á Calderon y á Cervantes
Tabla de oro?

Pasmo fuiste de la tierra,
Y es mezquina cobardía
Tu quebranto;
Dá al viento el pendon de guerra,
Y yo arrancaré al arpa mia
Pátrio canto.

Mas si no has de honrar tu gloria,
Y tu fé que se derrumba,
Muere en todo:

*Pueblo que llenó la historia,
Está mejor en la tumba
Que en el lodo.*

Juan B. Pastor Aicart.

DEFENSA DE LA CRUZ-ROJA.

Contestacion que en nombre de la Asamblea Española dá á los artículos de «El Consultor de los párrocos,» el Ilmo. Sr. D. Antonio Balbin de Unquera. (Publicada por la Revista religiosa «La Cruz.»)

(CONTINUACION.)

En otra parte dijo Cavour (pág. 280, *L' OEuvre Parlementaire*, Paris, Hetzel 1862), que la reaccion á favor de las Ordenes religiosas se observa mas que en España y en Portugal, en Alemania y en Bélgica. Ahora bien: si Cavour juzgaba así á estas congregaciones de caridad, y todos sabemos quién era y á dónde tendía, ¿por qué *El Consultor* ha tenido con nosotros menos caridad? ¿Por qué no nos ha mirado con ese penetrante ojo del corazón, de que San Agustín nos habla?

Si: la Asamblea entiende que no se negará *El Consultor* á seguir un consejo de Balmes. El hablaba á un escéptico (1), nosotros á una persona ilustrada y creyente: «Tenemos un dulce presentimiento de que *El Consultor* mudará de creencia, y no morirá en brazos de las que hoy respecto á nosotros profesa. Dice que desea de corazón encontrar la ver-

(1) Cartas: Carta VI, Barcelona, 1846, pág. 123.

dad; persevere en su propósito, yo confío que no dejará de mostrársela el que vertió su sangre en la cima del Calvario. Vea *El Consultor* á la pág. 312 de la misma obra cómo los protestantes, en ciertas apreciaciones y en ciertas obras, pueden encontrarse con los católicos, y caminar con ellos, como Leibnitz el sabio y el protestante con las gentes sencillas y con autores católicos, como San Gerónimo, San Agustín, San Bernardo, Santo Tomás de Aquino y el autor de las *Variaciones* y de la *Declaración del clero en 1682*. Aquí se trataba del culto y veneración de las reliquias y de las imágenes, lo que por otra parte no entra en las doctrinas del protestantismo, y lo mismo puede ocurrir en asuntos de moral y prácticas de las cristianas virtudes.

La prueba de que estos principios católicos no están en desacuerdo con los de la administración en general, se encuentra, mejor que en parte alguna, en el Código general para los Estados prusianos, traducido y publicado en francés el año 10 de la República (tercera parte del título II, pág. 129). Se trata en verdad de un estado protestante; pero sea como quiera, el Estado tiene el deber de proteger eficazmente dichos establecimientos, como hospitales, hospicios y demás que se refieran á la práctica de la caridad; y si algunos se fundasen nuevamente (artículo 34, tit. XIX, segunda parte), «debe comunicarse su plan al gobierno para que examine las bases generales de la institución.» En este sentido nuestro gobierno ha examinado y aprobado los estatutos de la Cruz Roja cuando aun no se hallaba establecida la libertad de cultos, y después la ha recomendado repetidas ve-

ces á las autoridades civiles y militares. Con estos antecedentes se adhirió España al tratado en que figuran el gran duque de Baden, el Rey de los Belgas, el de Dinamarca, el Emperador de los franceses, los Reyes de Italia, los Países-Bajos, Prusia, Suecia, Noruega, el de los Helenos, la Reina de Inglaterra, el gran duque de Mecklemburgo y el Sultan.

Quisiéramos ahora preguntar á *El Consultor*: ¿Rechaza, por haber sido protestante Grocio, su libro inmortal, dedicado por cierto á introducir en el derecho de los Reyes y los pueblos las grandes mejoras que hoy observamos en la manera de hacer la guerra y de conservar la paz? No dirá tal, si sostiene, como lo hace, que no es pecado todo lo que hacen los que no tienen fé, contra el error propagado efectivamente por Bayo y Jansenio, y condenado por la Iglesia católica. «Donde no hay fé, dice, solo se encuentran falsas imitaciones de la caridad.» ¿Pero quién, prescindiendo de las intenciones, cuestión puramente moral, puede negar que la limosna y el socorro sean tales, hágalos ó proporciónelos quien quiera al pobre y al desvalido?

(Se continuará.)

VARIEDADES.

LOS DESEOS.

POR E. SOUVESTRE.

Examinando el techo de brezos que cubria su cabaña, murmuraba Antonio Lireux, arrendatario de la granja llamada «La Junquera.»

—Ya está mohoso el granero y húmedo como una cueva; dentro de poco el trigo se llenará de verdin, y lo perderé, si tengo la desgracia de no venderlo pronto; pero los de la ciudad dicen que con estas casas tienen bastante los campesinos!...

—¿A quien llamas *los de la ciudad*, amigo Antonio? preguntó una voz detrás de él.

El labrador se volvió bruscamente, y se encontró enfrente del propietario de la finca, que acababa de oír su triste reflexión.

—No sabia que estaba V. ahí, mi amo, dijo saludando algo desconcertado y sin responder á la pregunta.

—Pero pensabas en mí, ¿no es cierto? replicó Mr. Favrol sonriendo. Veo que serás siempre el mismo, pobre Antonio; nunca ves en los rosales mas que las espinas; ni en la vida mas que los disgustos.

Lireux meneó la cabeza.

—Muy fácil es hablar, dijo con voz sorda, á quien, como V., es bastante rico para hacer todo lo que quiere.

—Porque no quiero hacer mas que lo que puedo, replicó el propietario; limitar los deseos á las fuerzas con que se cuenta, es una regla de conducta, que tal vez habeis olvidado algunos incluir en vuestro catecismo.

—Tampoco han debido olvidar otros poner en mi bolsillo una buena renta, repuso el campesino. No es justo reconvenir á los pobres, porque tienen deseos sin medios de satisfacerlos. Me parece que, sin ofender á Dios, se puede pedir un techo que escurra el agua, y no absorba la humedad, como esos brezos malditos.

—Es decir, ¿qué insistes en la idea de tener un techo con tejas?

—Y tanto, que si fuera yo menos miserable, lo haria á mi costa; y saldria ganando, puesto que la habitacion seria mas sana y mis trigos no se estropearian.

—Y ¿estarias contento solo con eso?

—No pediria nada mas á Dios ni á mi amo.

—Pardiez, mucho me alegraré, dijo Mr. Favrol. Aunque me parece un gasto poco provechoso para ti é inútil para mí, quiero cerciorarme de si hay modo de que estés satisfecho. Tendrás el techo con tejas; en cuanto llegue el buen tiempo enviaré los obreros.

Lireux, sorprendido con esta concesion inesperada, dió gracias á su amo con efusion, y en cuanto lo dejó, fué á anunciar á su familia la buena nueva.

Empleó una parte del dia en considerar las consecuencias de la apetecida transformacion. Además del nuevo aspecto que daria á la granja, debian resultar grandes ventajas para la cosecha; pero bien pronto se apercibió de que estas podrian doblarse levantando un poco las paredes sobre que descansaba la armadura. Este descubrimiento cambió completamente el curso de sus ideas. No pensó ya mas que en este aumento de local y en los provechos que debian resultarle de él. Sin esta modificacion, el nuevo techo no seria mas que un cambio sin importancia: lo mismo daria dejar las cosas como estaban.

Hé aqui otra vez á nuestro labrador sumergido en sus negras reflexiones y deplorando amargamente su falta de recursos, que le detenia sin cesar en la ejecucion de todos sus planes. Cuando fué á casa de Mr. Favrol para pagarle su arriendo, aquel, reparando en su aire preocupado, le preguntó la causa; y despues de haber vacilado algun tiempo, Lireux confesó su nuevo deseo.

—Esto no es hacer una nueva peticion, continuó; bastante ha hecho V., mi amo, con haberme prometido quitar los brezos; no tenia V. obligacion de hacerlo y los pobres no tienen derecho á pedir mas que lo que se les debe.

—Puedes añadir que en esto son iguales á los ricos, replicó Mr. Favrol; pero veo que es difícil curaros de vuestro descontento; en cuanto veis un deseo cum-

plido, nace en vosotros otro nuevo. Sin embargo, quiero intentar tu cura; levantaremos las paredes del granero...

Esta vez, el campesino declaró que tan halagüeña promesa colmaba todos sus votos, y volvió alegremente á La Junquera.

Pocos dias despues, un maestro de obras, enviado por el dueño, fué á examinar los trabajos que habian de ejecutarse. Antonio le preguntó en el curso de la conversacion lo que pensaba hacer de la armadura vieja.

—Supongo que nada, respondió el maestro de obras: son maderas para construcciones rústicas, que no pueden sostener mas que brezos; únicamente podrian servir para algun cobertizo.

—Precisamente el nuestro es demasiado pequeño, dijo el labrador.

—¿Y queda terreno para hacer otro mayor?

—Justamente á la puerta de las cuerdas; bastaria con tomar un poco del jardinillo. Vamos y lo veremos.

Fueron á ver el terreno, que el maestro de obras no dejó de encontrar perfecto para una nueva construccion. Indicó á Lireux todas las ventajas que resultarian de establecer allí vastos cobertizos, agrandar un poco el establo y hacer un foso para el estiércol. Antonio adoptó el proyecto con entusiasmo. Era el modo de completar las mejoras emprendidas, de dar á la granja una superioridad visible sobre todas las de la comarca y de utilizar la armadura vieja que se iba á reemplazar. Sin este complemento de dependencias, las obras no darian resultados proporcionados á los gastos, y Mr. Favrol debía resolverse á hacerlo por su propio interés. Pero añadió que él no se atrevia á pedirlo.

—Me reconvendria otra vez porque nunca tengo bastante, dijo, sin comprender que lo que pido es tanto para el bien de la finca como para el mio. Si tuviese fondos, yo lo hubiera construido todo sin pedirselo á nadie; pero los pobres

nunca pueden poner en práctica sus buenos pensamientos.

—No tenga V. cuidado, dijo el maestro de obras, que no comprendia que se pudiese gastar el dinero en otra cosa que en construir, yo hablaré al amo, y se decidirá indudablemente.

Antonio se lo agradeció calurosamente y le suplicó que le hiciese conocer lo mas pronto posible la respuesta del propietario.

Cuando se quedó solo, empezó á dar vueltas en su cabeza á las ideas del maestro, que eran ya las suyas, y á calcular todo el provecho que era dable sacar de las nuevas construcciones. Gracias al cobertizo podria sustituir las operaciones de invierno por las de verano; el ensanche del establo le permitiria aumentar el número de bestias útiles; y el foso para el estiércol haria utilizar el que aquellas produjeran. Evidentemente estos trabajos, en los que no habia pensado al principio, eran adiciones indispensables; si él no los habia reclamado hasta entonces, era por su repugnancia á quejarse; pero Mr. Favrol no podia negarlos sin ser duro é injusto.

Sin embargo, pasaron muchos dias sin que oyese hablar del maestro de obras. Su impaciencia se habia convertido en angustia. Segun todas las apariencias, el propietario no habia accedido; debía renunciar á las utilidades soñadas; era preciso continuar en la misma estrechez y desistir de hacerse rico por no tener un poco de dinero, ó por no encontrar en los ricos un poco de buena voluntad.

Estaba completamente entregado á estas negras reflexiones, cuando oyó que le llamaban. Era el maestro que venia hacia él.

—¡Está hecho el negocio, Sr. Antonio! exclamó.

—¿Qué negocio? preguntó aquel, que no se atrevia á adivinarlo.

—¡Pardiez! el del cobertizo y el establo.

—¿Consiente el amo?

—El mes que viene empezaremos las obras.

Y en seguida el maestro de obras comenzó á relatar cómo habia explicado el proyecto al propietario y cómo éste riendo, pero sin hacer ninguna objecion, le habia pedido detalles minuciosos de todos los cambios que queria efectuar.

Antonio volvió muy contento á examinar otra vez el sitio destinado á las nuevas construcciones, distribuyendo todo de antemano para la mayor comodidad del servicio.

La antigua entrada era incompatible con el nuevo plan; era preciso hacer otra atravesando el jardin, para lo cual habia que cortar una alameda y llenar un foso. Decidió hacer esta obra á su costa y sin hablar de ella á Mr. Favrol. Pero de este modo se quitaba al cultivo una parte del jardin, ya reducido por la construccion del cobertizo; esta era para él una pérdida, por la que no podia negarle una compensacion el propietario de la finca. Justamente, lindando con el jardin, tenia éste un terreno sin utilizar; y Antonio juzgó que podia reclamarlo á título de remuneracion. En consecuencia, se fué á casa de Mr. Favrol con el pretesto de saber la época de las obras anunciadas.

—Espero que estarás satisfecho, amigo Antonio; dijo el propietario en cuanto le vió

—Los pobres no tienen derecho á quejarse, cuando no les falta el pan, respondió el labrador con cierta reserva.

—Es un precepto de resignacion cristiana, dijo Favrol; pero yo creia que tenias algunos otros motivos de satisfaccion. ¿No te he concedido todo lo que me has pedido, incluso un gran aumento de dependencias?

—Estoy muy agradecido, dijo el labrador con bastante frialdad; pero bien sabe V. que los labradores vivimos de la tierra, y quitarnos algunos surcos, es como quitarnos un pedazo de pan.

—¿Y quién pretende quitártelos?

—El cobertizo de V. y la entrada para ir á él, quitan una gran parte del

jardin, dijo Antonio. Yo he nacido para quejarme, pero si quisiera V. permitirme que cultivase un *pedacillo* de tierra que linda con el jardin, esto seria una compensacion.

—¡Ah! muy bien; dijo Mr. Favrol me parece que ese *pedacillo* de tierra tiene mas de una fanega...

—No puedo asegurarlo, replicó Li-reux con aire inocente, nunca lo he medido; mas para pobres como nosotros es algo, mientras que para vos no es nada.

—Espera un momento, dijo el propietario; vamos á cuentas, amigo. Aquí tienes el importe de lo que me has pedido: asciende á dos mil cuatrocientas treinta pesetas. Añadamos la fanega de tierra y subirá á unas tres mil quinientas pesetas de *deseos satisfechos* en menos de un mes. A este tenor se necesitarian, para contentar á un *pobre hombre* como vos, cuarenta mil libras de renta, es decir, el doble de lo que poseo, y aun no estarias satisfecho. Desde que te prometí un techo sólido para la casa, hás pasado de un deseo á otro, siempre intranquilo y quejoso, sin tener por bueno lo que tenias conseguido. Ya lo ves, la riqueza es impotente para hacer la dicha del que no sabe limitar sus goces á lo que tiene.

La felicidad, que buskais en vano desde vuestra juventud, no se encuentra donde creéis; no está ni en la riqueza ni en el poder ni en nada de lo que bulle en derredor nuestro; Dios la ha puesto mas á nuestro alcance; la ha puesto en nosotros mismos!

—Señor, dijo conmovido Antonio; he pasado de exigencia en exigencia, disculpándome á mis ojos lo pequeña que cada una me parecia. V. me las ha mostrado en conjunto, y ahora las veo enormes. Ha sido V. muy bueno para mí. Tanta bondad y tanta razon serán para mí una leccion provechosa. Prometo que en adelante *sabré* ser feliz, y V., que me ha enseñado á serlo, habrá hecho una obra de caridad. Antonio puso freno en sus deseos, y fué feliz.

Traduccion de D.^o P. Tornos y M.